

El Santuario y el nuevo tipo de familia Ficha 2

A. La gracia del cobijamiento 1. El hogar

I. Introducción

Vimos que toda la misión de Schoenstatt (la formación de un nuevo tipo de hombre y de un nuevo tipo de comunidad) pueden resumirse diciendo que Schoenstatt es un Movimiento que tiene por meta *la forjación de un nuevo tipo de familia*. Porque de la renovación de la familia depende la renovación de la Iglesia, de la sociedad y cualquier otro tipo de comunidad humana. Por lo mismo, las gracias que Schoenstatt recibe desde su Santuario para poder cumplir esta misión, son gracias destinadas fundamentalmente a producir una renovación de la familia.

Objetivo de esta reunión:

Comenzar a estudiar las tres gracias del Santuario, Cobijamiento, Transformación y Envío, como gracias que nos ayudarán a renovar nuestras familias. Las gracias del cobijamiento nos quieren ayudar a descubrir lo que significa tener *un hogar*, para que podamos hacer de nuestras casas verdaderos hogares.

II. Desarrollo

1. La primera gracia que la Mater nos ofrece en el Santuario de Schoenstatt es la gracia del cobijamiento o del arraigo espiritual. Ella consiste en que, a través del Santuario, recibimos un hogar y una familia espiritual. ¿Cómo? La Mater nos hace sentir muy cerca su corazón de Madre y, a través de su corazón, ella nos conduce muy profundamente hacia el corazón de Dios. Dentro de esos dos corazones nos sentimos amados, protegidos, cuidados. Allí encontramos un acogimiento cálido y, a la vez, una Roca fuerte e inmovible en la cual podemos apoyarnos frente a las más grandes dificultades, un lugar seguro donde podemos echar raíces. Y en el corazón del Padre y de la Madre encontramos también los corazones de muchos hermanos que también nos quieren, nos respetan, nos apoyan y cuidan. Poder sentir todo esto significa una gracia inmensa si pensamos en la situación en que normalmente se encuentra el hombre de hoy.

2. El hombre moderno se queja en todas partes de vivir en un mundo frío, impersonal, duro, al cual él no siente como un hogar donde él es acogido, sino que lo siente mucho más como una inmensa maquinaria dentro de la cual él no es más que un tornillo, un granito de arena que a nadie importa. Siente que en la sociedad moderna, sea ésta capitalista o marxista, él no es respetado por lo que es como persona sino sólo por lo que es capaz de producir o de ganar. En un mundo así, el hombre se siente tremendamente solo. Vive rodeado de una cantidad de gente, pero siente que nadie lo comprende, que nadie se preocupa verdaderamente de él, que no tiene nadie a quien contar sus problemas más personales. Puede llevar años en un edificio de departamentos o en un barrio y apenas conoce a los vecinos. Igual pasa muchas veces en el trabajo: se habla lo necesario, se cuentan chistes, se comenta del fútbol o de la situación económica, pero, la persona, en lo más profundo de su yo, está sola. Esta sociedad produce angustia y la angustia desemboca a menudo en neurosis. Vivimos en un mundo lleno de gente enferma de los nervios, de depresión,

de stress, porque vivimos en un mundo donde las personas se sienten solas frente a los problemas de la vida.

Esta soledad, esa sensación de no tener un verdadero hogar donde uno es acogido y comprendido, vale también para la mayoría de las familias. Muchas familias tienen casas, pero casas que no son hogares. Porque el lugar donde se come, se duerme y se mira televisión no es todavía un hogar. Se asemeja más a una pensión o a un hotel, pero no es un hogar. Y muchas casas se asemejan a eso. En ellas el papá funciona como el gerente que da el dinero y exige ser bien servido. La mamá es la empleada-niñera-lavandera-cocinera... Los niños son huéspedes que aparecen sólo a comer y dormir y de cuya vida y problemas privados se sabe muy poco. El marido y la mujer pueden dormir en la misma cama y tener entre ellos la mayor intimidad física, pero por dentro son dos mundos separados, dos grandes desconocidos el uno para el otro.

4. Un hogar es mucho más que una casa. Es una casa donde uno verdaderamente se siente en casa. ¿Y qué quiere decir eso? Que uno se siente a gusto, tranquilo, libre. ¿Por qué? Porque se siente acogido, respetado, comprendido por otros, y porque allí él también puede amar a su gusto. Esto quiere decir que lo que constituye propiamente un hogar es el tipo de relaciones personales que reinan entre los miembros de una familia. La casa la forman las paredes, el techo, los muebles. El hogar lo forman las personas en la medida en que son capaces de llenar de amor una casa. Hogar es el lugar donde nos sentimos amados de verdad y donde podemos amar de verdad. El P. Kentenich compara el hogar con la tela de una araña. Las arañas viven normalmente en el centro de su tela, donde se cruzan todos los hilos. Eso debe ser también el hogar para el hombre: el lugar donde se atan todos sus amores y donde él se siente fuerte y feliz.

5. El hombre necesita sentir que posee un hogar. No sólo para ser feliz sino también para poder desarrollar plenamente todas las riquezas de su personalidad. En un mundo donde todos viven a la defensiva, mirándose como rivales, nadie puede dar todo lo que lleva dentro. Así como hay flores que no se abren si no hay sol, tampoco los hombres pueden ser plenamente y entregar toda su riqueza interior donde no brilla el sol del amor, del respeto, del acogimiento. Y si esto sucede, las personas se sienten frustradas, realizadas a medias. Eso es lo que experimenta fuertemente el hombre moderno y por eso protesta y reclama una sociedad distinta, donde los hombres puedan sentirse más hermanos, más familia.

6. Schoenstatt quiere crear ese mundo donde los hombres se sientan hermanos y esa nueva Iglesia donde todos se sientan de verdad la familia de Dios. Pero para ello quiere comenzar ayudando a que cada familia pueda convertirse en un hogar de verdad, para que los hombres de nuestro tiempo descubran lo que significa un hogar y aprendan a crear ambientes de hogar en torno a sí. Para eso se nos da en el Santuario la gracia del cobijamiento. La Mater quiere que en el Santuario aprendamos lo que significa sentirse amados, acogidos, respetados y protegidos por ella y por Dios. Quiere que allí sintamos también lo que significa tener una familia donde realmente somos tratados como hermanos. Pero todo esto no es para que nos sintamos contentos mientras estamos en el Santuario: es para que, aprendiendo allí lo que significa un ambiente de hogar, podamos llevar ese mismo ambiente de hogar a nuestras casas y, a partir de ellas, a nuestros lugares de trabajo, a nuestra parroquia, a la Iglesia y al mundo entero. Ése es el sentido de la gracia del cobijamiento: enseñarnos en el Santuario lo que es un hogar para que nos convirtamos en forjadores de hogar dondequiera que estemos, pero partiendo por la propia familia.

III. Preguntas para la reflexión

1. ¿Hemos hecho alguna vez la experiencia de sentirnos realmente solos o incomprendidos, como si a nadie le importaran en absoluto nuestros problemas? ¿Dónde, cuándo, nos hemos sentido así?
2. ¿Hemos sentido a veces esa soledad en nuestra propia casa?
3. ¿Cuándo sentimos nuestra casa más como hogar y qué cosas son, por el contrario, las que hacen que no nos sintamos a gusto?
4. ¿Qué diría yo que es lo que distingue una simple casa de un hogar?
5. ¿Podría decir que en Schoenstatt he encontrado un hogar y una familia y que eso me ha ayudado en mi propia vida de hogar? ¿Cómo?